

Título de la ponencia:

Repensando la representación. Sobre la experiencia concentracionaria en
Recuerdo de la muerte.

Nombres y Apellidos de los ponentes:

Federico Boido (federicoboido@hotmail.com; 4672-4805, DNI 30.718.553)

Leandro Carbón (leandrocarbon@hotmail.com; 4552-5172, DNI 28.423.096)

Argentina

Carrera de Historia, Universidad de Buenos Aires

Resumen

El presente trabajo procura analizar críticamente las formas que adquirió la representación de la experiencia concentracionaria argentina a través de la literatura, tomando como fuente la novela *Recuerdo de la muerte*, de Miguel Bonasso.

Abstract

The present paper intends to analyze critically the forms concentrationary experience's representation acquired through literature, taking Miguel Bonasso's *Recuerdo de la muerte* as the main source.

Palabras Clave: Experiencia concentracionaria, literatura, representación

Keywords: Concentrationary experience, literatura, representation

Repensando la representación. Sobre la experiencia concentracionaria en *Recuerdo de la muerte*

Algunas consideraciones preliminares

No nos parece irrelevante explicitar, ante todo, los motivos que nos llevaron a seleccionar la obra: se trata de una novela que rápidamente se transformó en el primer clásico sobre el terrorismo de Estado del período 1976 -1983. Publicada en 1984, es escrita durante el exilio mexicano de su autor¹, coincidiendo temporalmente con la publicación del *Nunca más*, informe de la CONADEP. Sumado esto a la realización del juicio a las Juntas Militares que habían realizado el golpe de Estado de 1976, el libro de Miguel Bonasso agota su primera edición argentina² –que constaba de la no poco significativa cifra de cinco mil ejemplares- en pocas semanas y llega a alcanzar, hasta el día de la fecha, la increíble suma de doscientas mil copias vendidas. Habla por primera vez del secuestro, el interrogatorio bajo tortura en los centros de detención clandestina y el asesinato y posterior desaparición de los cuerpos; todo en un momento en que la sociedad parece estar, luego de ocho años de no (querer) saber, dispuesta a conocer en toda su dimensión lo ocurrido.

Con todo, el aspecto que tal vez más sorprende a quien lee la obra, poseyendo competencias previas en la materia, es su contexto de producción: *Recuerdo de la muerte* es una novela que nace al calor de los últimos años de la dictadura. Esta particularidad, como veremos, estará muy presente a lo largo de la obra, y condicionará por momentos la forma de representación que a través de la narración adquirirá la experiencia concentracionaria.

I

¹ La novela fue escrita entre abril de 1980 y septiembre de 1983, es decir, antes incluso de la finalización de la dictadura.

² Nos referimos a la edición preparada por la editorial Bruguera. Meses antes habíase publicado en México por la editorial ERA.

A lo largo de las obras de Primo Levi, el *lager* es representado como una máquina que produce una realidad dual: la de los hundidos y la de los salvados. Los hundidos son los muertos; los salvados, sobrevivientes. Con la misma lógica piensa Miguel Bonasso los campos de concentración argentinos: son para él máquinas de producir héroes –los que resisten la tortura sin entregar información a sus captores- y traidores –aquellos que entregan en mayor o menor medida información que compromete a otros miembros de la organización. Empero, entre las muchas diferencias existentes entre los relatos de Levi y Bonasso, hay una que nos resulta fundamental y que yace en la posición desde la que uno y otro narran. Como señala Giorgio Agamben, existen en el testigo diferentes dimensiones: una primera es la del *terstis*, aquel que media como tercero en una disputa de la cual no es parte; una segunda es la del *superstes*, el que ha vivido una realidad determinada hasta el final y puede dar testimonio sobre ella (Agamben, 2000). Bonasso se encuentra en una posición indeterminada: no es ni lo uno ni lo otro, pues el *superstes* es un *supérstite*, un sobreviviente. Levi, lo es: él no.³ Pero tampoco puede catalogarse al autor de *Recuerdo de la muerte* como un *terstis*, pues él sí forma parte de la disputa por el poder que se desarrolla en la Argentina. Si por un lado no vive la experiencia concentracionaria, por el otro no es ajeno a esa realidad política que determina que unos hombres torturen y otros sean torturados; la dimensión del tercero implica la posibilidad de la objetividad, imposible en Bonasso.

Con todo, lo anterior resulta esencial para comprender una segunda y sustancial diferencia entre Bonasso y Levi: mientras este último no se propone realizar un juicio moral sobre lo acontecido en el *lager*, sino que su búsqueda se orienta a presentar una zona indeterminada, donde ese juicio es imposible, eso que denomina “la zona gris”; el primero intenta minimizar el espacio de lo ambiguo, lo indeterminado. Héroe o traidor siguen siendo los dos únicos papeles posibles para los actores de la tragedia del campo. Este maniqueísmo terminará por transformarse en el *leitmotiv* de gran parte de la obra, e incluso cuando en algún momento la zona gris se manifieste –como en el pasaje en que se relata un cierto acercamiento y respeto mutuo entre los miembros del *staff* de la ESMA y sus captores- parecerá hacerlo más como un desliz involuntario del autor que como producto adrede de la

³ Con esta aseveración queremos referirnos específicamente al hecho de no haber padecido la experiencia concentracionaria sin que por ello pueda entenderse que desconocemos el hecho de que sí fuese parte de una agrupación armada y desempeñara un rol activo en la lucha contra la dictadura.

narración, posibilidad por cierto siempre latente en el relato, ya que como lo señala Umberto Eco en sus *Apostillas al nombre de la rosa*, muchas veces –o siempre, de acuerdo con Michel Foucault- el texto produce sus propios efectos de sentido independientemente de la voluntad del autor.

Por otro lado, Bonasso, quien trabaja con testimonios de sobrevivientes, se embarca en la aventura de darlo todo a conocer. No aparece en su relato el problema de lo inenarrable de la experiencia concentracionaria. La *laguna*, como la define Agamben, esa suerte de imposibilidad de llegar al núcleo de una experiencia que es indecible, irrepresentable, no parece ser un problema que el autor se plantee. *Recuerdo de la muerte* se muestra como la representación acabada de una experiencia concentracionaria en su totalidad; en ella se relatan las vivencias de un interno desde su captura hasta su fuga. Está todo allí para quien quiera leerlo.

Pero otro de los corolarios que tiene la lógica binaria héroe-traidor, es que lo que lleva a cabo la novela es una intervención ético-político-normativa, pues no sólo emite un juicio sobre cómo debe ser el correcto proceder de un militante cautivo, sino que lo hace de acuerdo a los preceptos de la “orga”. No rescata la dimensión del sobreviviente como denunciante, que en el futuro será fundamental para juzgar el terrorismo de Estado sino que, por el contrario, lo que prima es el resquemor contra eso que señala Héctor Schmucler ya en 1980: que “los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de otra realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla”⁴. En *Recuerdo de la muerte*, la única respuesta posible a esa pregunta es la traición: la derrota es fruto de la traición-delación, del hecho de que no todos se comportaron con el mismo grado de heroísmo que Jaime Dri.

//

Otro punto cardinal para analizar *Recuerdo de la muerte* es poner el énfasis en el lector que la novela construye. A lo largo de sus páginas, una de las particularidades que van haciéndose notorias es la ausencia de otras voces. Todo el tiempo el relato se centra en la figura de Dri y se presenta de modo unívoco, sin tensiones internas. La polifonía está ausente. Es, en este sentido, un relato que construye un lector acrítico, pasivo, que resulta funcional a la actitud del autor, quien

⁴ Schmucler, Héctor, “Testimonio de los sobrevivientes” en *Controversia para el examen de la realidad argentina*, México, diciembre de 1980, Año II, N° 9-10, p 5.

no asume que lo que va a narrar no deja de ser ficción, aunque esté basado en hechos reales. Más aún, al asegurar que su libro ha sido empleado como prueba en juicios, no hace sino reforzar ese viso de supuesta verdad, aunque luego declare que a su relato no se le puede exigir tal estatus. Es decir, el contrato con el lector es, como señala Ana Longoni, híbrido⁵.

Por otro lado, Bonasso se muestra incapaz de *tomar distancia* de los sujetos sobre los cuales escribe. Si como asegura Burucúa, “puede comprenderse un hecho como la masacre a partir de su inclusión en marcos retóricos y estéticos que garantizan una distancia objeto-sujeto capaz de desvelarnos algo contundentemente real”⁶, el autor de *Recuerdo de la muerte* opera de otra manera. Busca representar lo real pero no saca provecho de las posibilidades que la literatura como marco estético le brinda, pues quiere ceñirse a todo lo “rigurosamente cierto”.

Podría pensarse como contrapunto de esta forma de narrar a Jorge Semprún. El escritor español relata su experiencia en el campo de concentración nazi de *Buchenwald* dejando de lado toda pretensión documental. Tanto su novela *El largo viaje*, en la que cuenta su traslado al *lager*, como *La escritura o la vida*, en la que desarrolla lo vivido durante su reclusión, constituyen excepcionales alternativas para, desde un abordaje estético, aproximar un poco más al lector a lo vivido por los internos de los campos de concentración nazis. Así, los relatos de Semprún contienen varios pasajes en los que él hace explícitos sus agregados, sus invenciones y sus olvidos; y poniendo énfasis en esa operación, asegura que sólo de esa forma podría el lector acercarse al menos a comprender lo irrepresentable de su experiencia.

///

Otro aspecto fundamental, que Bonasso no tiene en cuenta, es la calidad excepcional del campo de concentración. Agamben los piensa como "espacios de excepción". Son, desde su perspectiva, zonas de suspensión absoluta de la ley

⁵ Longoni, Ana, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma, 2007, Cap 2, pp. 45-80.

⁶Burucúa, Emilio y Kwiatkowsky, Nicolás, “Masacres de la modernidad temprana: relato, verdad y distancia para la intelección” en *Esboços - Revista do Programa de Pós-Graduação em História da UFSC*, Vol. 15, No 19 (2008).

donde, como afirma Hannah Arendt, todo es posible, justamente a raíz de esa suspensión. Nada de esto aparece contemplado en el relato del autor, a pesar de que el campo de concentración argentino es en todo sentido una zona de excepción, desde el mismo momento en que sus internos están desaparecidos: no tienen entidad porque no están en ningún lado. Jaime Dri, no obstante, no parece afectado por esa realidad y hasta es capaz de continuar su militancia política desde el interior de la ESMA, como si tal actividad fuese una posibilidad concreta, sostenible desde una posición subalterna, pero posibilidad al fin. Así, se aprecia un Dri convencido de su ideología, que busca por todos los medios mantenerse firme y que negocia con sus captores desde su posición de oficial montonero y cuadro político. Dri no duda, porque esa es la actitud digna de un héroe; es en esa convicción inquebrantable que se torna diáfano el carácter prescriptivo que *Recuerdo de la muerte* disimula mal. La realidad novelada, o novela de la realidad, termina por transformarse en no otra cosa que una suerte de parapeto para la defensa del modo montonero de hacer política.

La serie de testimonios que se han dado a conocer durante los últimos treinta años indican, en cambio, una complejidad mucho mayor que la dualidad héroe-traidor. Todos los internos de los campos de concentración, como lo señala Pilar Calveiro, debieron, de algún modo, adaptarse a la dinámica impuesta por los represores y colaborar en mayor o menor medida. Es importante recalcar que la colaboración no implicaba necesariamente la delación, pero sí el hecho de realizar alguna tarea que redundase en un beneficio para el bloque militar.

Uno de los casos tal vez más famoso es el de Mario Villani, quien merced a la pluralidad de oficios que conocía resultaba útil para mantener el campo funcionando. Si bien esas tareas de mantenimiento lo eximían de la tortura a cambio de un grado de colaboración muy marginal, tal vez incluso suficiente como para mantener la conciencia tranquila sin sentirse un traidor de acuerdo a los preceptos del partido; fue requerido en una ocasión por uno de sus torturadores, Juan Antonio Del Cerro, alias "Colores", para reparar la picana con la que éste torturaba. En ese momento, Villani se negó, entendiendo que un abismo separaba su forma de colaboración, relativa a tareas de mantenimiento, del hecho de arreglar un aparato con el que se atormentaba a sus compañeros. Sin embargo, la negativa derivó en el uso de aparatos carentes de limitadores de voltaje; en muchos casos se llegó a torturar con cables pelados de veladores, que dejaban en coma a las víctimas del procedimiento.

Ante este dilema moral, Villani decidió ofrecerse para arreglar finalmente la picana descompuesta, en la cual agregó un dispositivo que disminuía el voltaje.

Este episodio dispara una serie de preguntas: ¿es posible hablar de traición ante un accionar semejante al de Villani? ¿No hay, dentro de la colaboración, un acto de resistencia en la disminución del voltaje de la picana? ¿Se puede, entonces, colaborar sin dejar por ello de resistir, o sea, ser héroe y traidor a la vez, o será que la dñada héroe-traidor carece de sentido? Creemos que las respuestas a estos interrogantes podrán comenzar a esbozarse, siempre que se dejen de lado las ideas unívocas que no den cuenta de la complejidad de lo que acontece en un campo de concentración. En este sentido, como señala Pilar Calveiro,

“Nadie puede permancer en él «puro» o intocado; de ahí la falsedad de muchas versiones heroicas. Las posibilidades que se presentan pertenecen invariablemente a la noción de gama, en donde tanto la responsabilidad como el valor personal suelen ser difusos. En el mundo de los campos nadie puede atribuirse la inocencia pura ni la culpabilidad absoluta”⁷

IV

¿Cuál es el campo de reflexión que abre *Recuerdo de la muerte* para pensar la derrota de Montoneros? Sin dudas, resulta difícil pensar que tan tempranamente como en 1980 era posible reflexionar sobre las prácticas y lógicas del partido. Sin embargo, la fractura de la organización –de la que Bonasso es parte- da cuenta de una primera crisis profunda en las prácticas políticas de la lucha armada.

No obstante esto, la novela no habilita a pensar en una derrota porque no se la asume como tal. En este sentido, ni siquiera se plantea una posibilidad de reflexión en torno al significado de dicha derrota. Nos preguntamos, sin embargo, hasta qué punto es posible “exigir” un esfuerzo semejante a una obra de ficción: ¿puede una novela explicar una realidad histórica? Si bien no creemos poder resolver esta problemática de manera tajante, sí tenemos la certeza de que una novela no debe realizar la operación contraria, es decir, en este caso, el hecho de obturar una posible reflexión sobre el problema de la derrota política. Consideramos,

⁷ Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2006a, p.128.

en cambio, que la literatura puede al menos abrir caminos para reflexionar sobre ciertos acontecimientos históricos, y abrir nuevos campos de interrogantes para estimular la búsqueda de respuestas por parte de las diferentes disciplinas sociales y humanísticas.

Pero retornando a la pregunta inicial de este apartado, resulta inevitable mencionar a uno de los intelectuales que desde su exilio en México y a través de las páginas de *Controversia* fue capaz de interrogarse por el problema de la derrota; y fueron los sobrevivientes de los campos quienes vehiculizaron esa pregunta. Nos referimos a Héctor Schmucler quien a fines de 1980 ya expresaba que

“Los testimonios de los sobrevivientes constituyen documentos de inagotable riqueza. Nada puede condenar a la Junta Militar responsable del golpe de 1976, como estas narraciones de horror. Pero su importancia no se limita a la denuncia del crimen (...) los testimonios de los sobrevivientes dan cuenta de una realidad que nos interesa particularmente: la derrota. Cómo fue derrotada la guerrilla. Esta pregunta por el cómo puede aportar respuestas sustanciales al porqué”⁸.

Aquellos que sobrevivieron al campo de concentración, son portadores de experiencias que en muchos períodos parecen ser *“inaudibles”* para la sociedad, o por lo menos para buena parte de ella. Ana Longoni arroja una pregunta difícil de contestar: *¿Qué es lo que no se puede escuchar de los sobrevivientes?* La misma autora esboza posibles respuestas: por un lado, considera que los sobrevivientes enuncian algo que es difícil de aceptar por parte de los familiares de las víctimas y algunos organismos de derechos humanos: la gran mayoría de los desaparecidos fueron sistemáticamente asesinados.

A la vez, durante la década del ochenta, el discurso hegemónico no fue otro que la *“teoría de los dos demonios”*, frente a la cual diversos organismos de derechos humanos optaron por omitir la participación de las víctimas del terrorismo de Estado en las distintas organizaciones armadas de los años 70.

⁸ Schmucler, *op cit.* p. 4.

En la década del noventa, *“ganó mayor fuerza entre los activistas de los derechos humanos la figura del desaparecido como militante, muchas veces reivindicado como héroe de manera acrítica y mitificada”*; en este contexto, *“la palabra del sobreviviente nuevamente estorbaba en la medida en que su relato presentaba un panorama mucho más complejo y enmarañado que el del mito heroico”*.⁹

Así, como anteriormente aseguramos, la palabra, y hasta la propia existencia de los sobrevivientes, pone en crisis ciertas construcciones sociales. La posibilidad de escuchar aquellas preguntas que se formulan los sobrevivientes nos ubicaría de otra forma para pensar al campo de concentración y a la militancia. Sin embargo, para poder acercarse a estos relatos es necesario desmontar la duda que ha generado la sola posibilidad de que haya sobrevivientes. Y es que, como afirma Pilar Calveiro, en ciertos ámbitos

*“El sujeto que se evade es, antes que héroe, sospechoso. Ha sido contaminado por el contacto con el Otro y su supervivencia desconcierta (...) Además, resulta amenazante ya que conoce la realidad del campo pero también la magnitud de la derrota que las dirigencias tratan de ocultar. En los medios militantes se promueve entonces su desautorización”*¹⁰.

La incomodidad, la sospecha, el desconcierto que generan el *retorno* de aquellos que atravesaron el campo, aparece en distintos momentos en la novela de Miguel Bonasso, como sucede hacia el final del libro, cuando relata una conversación entre Olimpia, esposa de Jaime Dri, y el Gringo, oficial mayor montonero que se hallaba radicado en Panamá. En esta conversación, Olimpia comenta que el *Pelado* se había escapado y que estaba en Paraguay, ante lo cual el Oficial Mayor contestó:

⁹ Longoni, Ana, 2007, p. 27.

¹⁰ Calveiro, *op cit* p. 130.

“Que se vaya a Brasil y se maneje con ACNUR. Es lo mejor. Olimpia insistió. ¿Es que eran sordos? «Jaime se escapó y está pidiendo ayuda. ¡Hay que dársela!».

El Gringo terminó de masticar un pedazo de muzzarella y dijo lo que pensaba:

- El Partido no debe comprometerse con el Pelado. A lo mejor es un traidor y luego hay que fusilarlo (el subrayado es nuestro)¹¹.

La sospecha pareciera ser tan profunda que, incluso, se hace carne en el propio imaginario del personaje principal del libro. Estos dilemas se le presentan a Jaime Dri cuando comienza el viaje que lo terminará devolviendo con los suyos

“Mientras el Embajador dormía plácidamente en la butaca de al lado, Jaime Dri pasaba revista a los extraños sucesos que acababa de vivir y se preguntaba si los hombres del Partido, tan ajenos al submundo de la ESMA, llegarían a creerle. «Si yo estuviera en el lugar de ellos, me costaría creer en una fuga tan inverosímil como la mía»¹².

Recapitulando, creemos que lejos de abrir nuevos horizontes para reflexionar sobre la derrota, *Recuerdo de la muerte* opera en el sentido diametralmente opuesto; frente al desaparecido que “reaparece”, no hace otra cosa más que cerrar filas en torno a la ortodoxia partidaria que considera culpable al acusado (es decir, traidor), hasta tanto se demuestre lo contrario.

V

Un tópico omnipresente en *Recuerdo de la muerte* es la tortura. Su sombra se cierne sobre los internos del campo de concentración a lo largo de toda la novela. La tortura, como lo ha desarrollado Michael Foucault en *Vigilar y castigar* - y que *mutatis mutandis*, puede aplicarse a los campos de concentración argentinos en su lógica - no sólo implica la amenaza del tormento sino que resulta centralmente una

¹¹ Bonasso, Miguel, *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Puntosur, 1988, p. 398.

¹² *Ibid* . p. 399.

técnica que se emplea de acuerdo a una determinada mecánica del poder; un poder que como lo señala el filósofo francés

“No sólo no disimula que se ejerce directamente sobre los cuerpos sino que se exalta y se refuerza con sus manifestaciones físicas; de un poder que se afirma como poder armado (...) para el cual la desobediencia es un acto de hostilidad, un comienzo de sublevación que no es en su principio diferente de la guerra civil; de un poder que no tiene que demostrar por qué aplica sus leyes sino quiénes son sus enemigos y qué desencadenamiento de fuerzas lo amenaza; de un poder que, a falta de una vigilancia ininterrumpida busca la renovación de su efecto en la resonancia de sus manifestaciones singulares; de un poder que hace que cobra nuevo vigor al hacer que se manifieste ritualmente su realidad de sobre poder”¹³.

Si Foucault ve en el suplicio medieval una forma de exhibición pública que busca ser aleccionadora, el campo de concentración opera en un contexto diferente pero con una lógica similar: no hace una ostentación pública de la tortura pero mantiene, puertas adentro, su efectividad como método disciplinador¹⁴.

El poder represor crea sus propias reglas; puede por ello ser una forma de represalia contra aquello que siente como una amenaza, una subversión del orden. Ante esta inminencia, el castigo físico extremo se transforma en el ritual a través del cual los captores expresan su sobre poder, es decir, su potestad para decidir la vida y la muerte de los internos. Ante ella, la víctima tiene como única esperanza la entrega de algún dato que resulte de alguna utilidad a los torturadores; de lo contrario, al suplicio le seguirá, en la enorme mayoría de los casos, la muerte

Sin embargo, no es esta la forma de representación que asume en la novela. En *Recuerdo de la muerte*, la tortura aparece como una suerte de ordalía: es la forma que tiene el militante para probar su lealtad tanto hacia sus compañeros como hacia el partido y la ideología que este representa. Es la ceremonia en la que se

¹³ Foucault, Michel, *Vigilar y Castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1998, p. 62.

¹⁴ Esto no equivale a decir que la tortura careciera de un fin práctico más primordial como lo era la necesidad por parte de los represores de obtener información. Sin embargo, operaba como amenaza latente no sólo sobre los internos sino inclusive sobre los militantes libres quienes, al menos en el caso de Montoneros derivó en el empleo de la pastilla de cianuro como “mecanismo de defensa”.

consagran los héroes o quedan en evidencia los traidores. Si la tortura hace presente en el cuerpo de los cautivos el poder desenfrenado de los captores, ese poder de vida y de muerte que detentan, el deber del militante es desafiar esa potestad soportando lo insoportable. Si lo logra, alcanzará el estatus de héroe o, mejor aún, de mártir del movimiento.

VI

La relación entre *literatura* y *realidad* es, y ha sido, epicentro de profundas tensiones. Los hilos que forman el entramado de este binomio han generado intensos debates en el ámbito intelectual. Algunas de esas discusiones, centradas en problemas como la capacidad de la ficción para dar cuenta de los sucesos de la vida real tal cual ocurrieron, o si existe tal cosa como “la” realidad, aún no han sido resueltas.

La literatura argentina reciente, principalmente aquella que encuentra en los episodios ligados a la última dictadura militar un territorio por explorar, exhibe de forma cabal este problema. Las diversas producciones sobre este período nos obligan a repensar esta dicotomía.

Recuerdo de la muerte causa una profunda inquietud en el lector, en parte por la dificultad de su ubicación: ¿cómo leer este texto? ¿Desde dónde? ¿Cuál es el lugar en que se instala este libro? ¿En qué terreno lo ubica su autor?, y también, ¿cuál sería el lector *modelo*, a quién va dirigido? ¿cómo trabaja con el testimonio?. En este sentido, Miguel Bonasso, en la “Crónica Final” del libro sostiene que “*Con la puerta que se cierra a espaldas del fugitivo culmina esta novela-real o realidad novelada que es Recuerdo de la muerte*”¹⁵ Paradójicamente, es en esta suerte de epílogo donde el autor recupera la primera persona en su narración¹⁶. Se hace así necesario destacar que el relato construye un narrador omnisciente en tercera persona, clásico de la novela realista decimonónica¹⁷; a su vez, Bonasso aparece

¹⁵ Bonasso, *op cit.* p. 397.

¹⁶ En la Crónica Final se puede leer “*Me tocó organizar ese dramático encuentro del fugitivo con el periodismo internacional. Y tal vez entonces, en aquellos días trajinados y tensos, a medida que los de afuera nos asomábamos a las alucinantes revelaciones del Pelado, se fue incubando la idea de este libro*” (Bonasso, *op cit* p. 400).

¹⁷ Longoni, *op cit.*, p. 64.

como un personaje secundario de la historia relatada, es decir que *“sigue el hilo conductor del relato de su protagonista, Jaime Dri, aun cuando hay algunas digresiones o historias secundarias, subordinadas, que reconstruyen pasajes de las vidas de los personajes”*.

Sumado a lo anterior, en ese mismo segmento Bonasso hace referencia al por qué del nombre del libro y las características que su narración adquiere, argumentando así que

*“No es por azar, tampoco, que asumió la forma novelística. **La narración muestra, no demuestra.** La novela permite desenterrar ciertos arcanos que a veces se niegan a salir dentro de las pautas más racionales de la crónica histórica, el testimonio de denuncia o el documento político. **Pero la voluntad de novelar no encubre aquí el designio de modificar los hechos. Todo lo que se dice es rigurosamente cierto y está apoyado sobre una base documental enorme y concluyente** (las negritas son nuestras)”¹⁸.*

De esta manera, el libro se aproxima al género de *no ficción*, aunque apele a recursos del género ficcional; y a la vez, establece un pacto de lectura que reclama credulidad frente a los hechos narrados, porque promete su veracidad. El hecho de incorporar fragmentos de cartas y relatos de ex detenidos-desaparecidos¹⁹, que cuentan sus experiencias en los campos de concentración, pretende reforzar esa noción de veracidad. Sin embargo, en otros pasajes pueden encontrarse momentos en los que se expresan pensamientos de represores, e incluso detenidos-desaparecidos que han sido asesinados en la ESMA. Así, en torno a una relación entre el Tigre Acosta y una detenida, podemos leer que

“El Tigre la vio de lejos y el corazón se le aceleró como cuando estaba por interrogar a un tipo importante. Se avergonzó de la debilidad de sus rodillas. Y para darse ánimos la recordó desnuda, a su total merced en la parrilla, el día que la trajeron. No sabía que impidió

¹⁸ Bonasso, *op cit*, p. 404.

¹⁹ Nos referimos al capítulo de la *Segunda temporada* titulado *“Testimonios”*.

*violarla. Tal vez el fijarse en ese lunar que parecía resumir todo el desamparo. Tal vez algo en su mirada que era, en medio del terror, tan remota y lejana*²⁰.

Estos pasajes sostienen el estatuto de *ficción* del libro, ya que el acceso a aquellos pensamientos sólo pueden ser producto del ingenio del autor.

Al acuerdo implícito que se establece entre el autor y los lectores Umberto Eco lo denomina "*pacto ficcional*". En base a esto, Ana Longoni propone pensar que la novela de Bonasso establece un *estatuto de lectura ambiguo*, ya que parece instalarse entre el campo ficcional y el testimonial. Esta operación requiere, entonces, de "*lectores y lecturas que crean en la verdad histórica de lo narrado*"²¹.

Instalarse en la dimensión de "*la verdad*": todo lo que se dice es *rigurosamente cierto*, apunta Bonasso. Sin embargo, se encuentran múltiples elementos narrativos, y narrados, que sólo pueden ser concebidos dentro del espacio de lo ficcional. A esto se le suma un elemento esencial: el testimonio. En este sentido, es necesario recordar lo anteriormente señalado sobre el hecho de que Bonasso no experimentó el campo de concentración: su acceso a los sucesos y sus formas de funcionamiento sólo le son posibles por medio de los testimonios de los sobrevivientes. Si bien el autor reconoce tener una importante base documental y haber escuchado una amplia gama de testimonios, la narración está construida de forma *unívoca* por el relato particular de Jaime Dri. Con esta operación, el autor se convierte en una suerte de *mediador*: así reelabora, edita, selecciona, recorta, organiza, jerarquiza y presenta el testimonio²². Se erige entonces como voz autorizada, dictaminando qué elementos merecen ser trabajados y cuáles no²³.

²⁰ *Ibid*, p. 109.

²¹ Longoni, *op cit* 57.

²² Pilar Calveiro, en un breve artículo titulado "*Testimonio y memoria en el relato histórico*" analiza los límites y potencialidades del testimonio y la memoria dentro de la construcción de los relatos históricos sobre la historia reciente argentina. En este texto, la autora nos alerta sobre el rol de quién oye y quien interroga a los sobrevivientes de los campos de concentración, así, Calveiro sostiene que "*Las preguntas, en el contexto de la conversación, pueden abrir las conexiones entre pasado, presente y futuro, así como las que existen entre la experiencia personal, la experiencia de un grupo de secuestrados o de militantes y la de toda una sociedad que, de distintas maneras, es contemporánea de lo narrado (...) Hay distintas construcciones testimoniales de las que la existencia o no de la escucha, en primer lugar, y la calidad de ésta —no en un sentido técnico sino entendida más bien como calidad social de la escucha— son elementos sustanciales para la construcción de testimonios pertinentes, por llamarlos de alguna manera, y para que ellos sean parte de la construcción de una "verdad" socialmente reconocida como tal*" (Calveiro, 2006b: p. 81). Para continuar reflexionando sobre el problema del testimonio y su relación con el relato histórico, la autora recupera algunos postulados de Paul Ricoeur, así,

Rodolfo Walsh –quizás el creador del género de *no ficción*–, pretendía arribar a *la verdad* por una suerte de autopista de muchas manos, prevaleciendo la polifonía de voces y versiones muchas veces contradictorias. En cambio, el autor de *Recuerdo de la muerte* construye una estrategia con la cual “*le basta contar exclusivamente con el testimonio de Dri para habilitarse como observador de los laberintos de la ESMA y Funes. Pudo haber entrevistado a otros sobrevivientes, contrastado distintas versiones y valoraciones, pero eligió ceñirse a una verdad única y por eso mismo estrecha*”²⁴. ¿Qué lugar queda en esta lógica para el silencio, para la ausencia, para la *laguna* de la que habla Agamben?

Por otro parte, la pregunta sobre qué lector reclama esta novela se vuelve urgente: ¿es un texto dedicado a todos aquellos que sobrevivieron al terror estatal?, ¿va dirigido a los hijos de todos aquellos que desaparecieron en los diversos centros clandestinos de detención? ¿Cuán profunda puede ser la lectura de esta novela por parte de lectores sin competencias previas sobre la historia reciente argentina? Ana Longoni propone que

*“Los lectores que este texto reclama son aquellos lectores suficientemente informados que se introducen en su versión ficcionalizada de lo ocurrido en los campos de concentración argentinos en los términos en que se lee un testimonio. Aquellos que creen en la advertencia inicial y no pueden contradecir la narración de los hechos (porque no estuvieron allí) pero que tienen claro que esos nombres y esas circunstancias no son elucubraciones imaginarias sino –en todo caso- fantasmagorías de lo real”*²⁵.

Calveiro afirma que “*Según Ricoeur, la historia se remite a la serie archivo-documento-huella, con lo que permanece atrapada en el antiguo enigma del desciframiento último de la huella. Frente a ello, Ricoeur propone que el testimonio, estructura de transición entre memoria e historia, es capaz de resolver el enigma de la huella y su desciframiento: «Sustituyendo a la impronta, el testimonio desplaza la problemática de la huella; es necesario pensar la huella a partir del testimonio y no a la inversa... Es necesario dejar de preguntarse si una narración se asemeja a un acontecimiento; más bien hay que preguntarse si el conjunto de los testimonios, confrontados entre sí, es fiable. Si es éste el caso, podemos decir que el testigo nos hizo asistir al acontecimiento relatado»*” (Calveiro, 2006b: pp. 81-82).

²³ Longoni, *op cit* p. 59.

²⁴ *Ibid.* p. 64.

²⁵ *Ibid.* p. 66.

Pese a esto, la novela tuvo una amplia circulación en la sociedad argentina por lo cual, más allá de los *lectores ideales*, contribuyó a generar, a partir de determinadas operaciones narrativas que realiza, principalmente la figura del traidor y tendió a producir fuertes estigmatizaciones. Al mismo tiempo, el hecho de haber ganado en Gijón en 1988 el premio de la *Asociación internacional de escritores policiales*, es una prueba de que puede leerse puramente como libro policial. Empero, una lectura de este tipo parece, frente a los hechos narrados, una *aberración*.

La capacidad de la literatura para *representar* el horror no puede circunscribirse a un problema ligado a la ubicación de las producciones en determinados géneros, sino que se deben involucrar dimensiones que atañen a la ética y a la política. En este sentido, la figura del traidor que construye Bonasso no sólo no permite pensar la dinámica de un centro clandestino de detención sino que tampoco hace posible entender o, al menos, tratar de acercarse al *arrasamiento* que sufren aquellos sujetos que experimentaron la tortura y las más profundas vejaciones. La zona gris propuesta por Primo Levi parece, en relatos como el de Bonasso, quedar de lado en pos de una construcción *heroificante* de la militancia setentista. Incluso, la construcción de *otro* –en este caso los represores- como una figura con características *monstruosas-demoníacas*, impide pensar lo que esos *otros* tenían de semejante con quienes dedicaban su vida a la militancia de izquierda: el hecho de que ambos eran un producto de la misma sociedad²⁶.

La figura del traidor no sólo limita las posibilidades de comprensión de ciertos aspectos de los campos de concentración, sino que también recorre todo el cuerpo social impactando profundamente en las hijas e hijos de aquellos supuestos *traidores* y, al mismo tiempo, también ocluye la posibilidad de medir y reflexionar sobre el problema de la profunda derrota sufrida por las organizaciones armadas de izquierda en la Argentina.

Héctor Schmucler sostuvo que *“La traición señalada en el otro nos protege: quedamos resguardados en un bando unificado por el miedo y la vergüenza”*, y a continuación asegura que *“Si acepar la posibilidad de traición habla de valores*

²⁶ En este sentido, Pilar Calveiro describe el impacto que generaba en los detenidos el descubrir que los represores eran semejantes a los reprimidos, eran, *“Hombres comunes, de los que hay miles en la sociedad (...) Hombres como nosotros, esa es la verdad difícil, que no se puede admitir socialmente. Los actos de esta naturaleza, que parecen excepcionales, están perfectamente arraigados en la cotidianidad de la sociedad”* (Calveiro, 2006a: pp.146-147).

*indecisos, con frecuencia la calificación de traidor exige de quien la pronuncia la práctica de una amoralidad extrema: pensar a los seres humanos como meros instrumentos de una razón incuestionable*²⁷. Colocar en el *banquillo de acusados* a los sobrevivientes obtura, entonces, la capacidad de reflexionar sobre nuestro pasado. Ubicarse, como sucede con Bonasso, como juez, intentando dictaminar cuales son, y fueron, las prácticas válidas de la militancia, impugnando éticamente a los sobrevivientes, no permite ir más allá de lo evidente. Parece necesario retomar las palabras esbozadas por Daniel Mundo

*“¿Estamos capacitados, aquellos que no hemos vivido la experiencia de un campo, de un lugar de reclusión donde la vida pisa en terreno firme de la muerte, cuya sentencia final podía llegar en cualquier momento, podemos nosotros extraer una conclusión definitiva en este juicio? (...) El perdón no tiene por qué entrar en juego aquí. O si entra, lo hace en todo caso bajo la misma luz que ilumina el conflicto. El narrador tendría que comprender, pero comprender no es perdonar ni acusar*²⁸.

VII

Nos resta plantear una pregunta que a nuestro juicio debería mover a la reflexión, y está relacionada con el propio título de la obra. Se trata de *recuerdo* y no de *recuerdos* de la muerte. ¿Por qué? ¿No connota este singular una reificación de la experiencia de un individuo, en este caso Jaime Dri, por sobre las del colectivo de los detenidos de la ESMA? Y si así fuera efectivamente, ¿qué es lo que tiene de singular esa experiencia que no tienen las de los demás sobrevivientes? ¿Es este relato, como sugiere el autor, “un segmento en la vida de un hombre y un pueblo”?²⁹.

Retomando la caracterización de Longoni, quien asevera que el de Bonasso es un texto que se inscribe en la tradición narrativa decimonónica, esta aseveración podría considerarse como una extensión del carácter “realista” que se buscó

²⁷ Schmucler, Héctor, “Los relatos de la traición” en *La voz del interior, Suplemento Cultura*, Córdoba, 24 de octubre de 1996, p. 11.

²⁸ Daniel Mundo, citado en Longoni, *op cit*, pp. 202-203.

²⁹ Bonasso, *op.cit.*, p. 397.

imprimir al relato. Y “realista” en el sentido de que la construcción del itinerario del protagonista condensa la realidad de un país: la vida de Jaime Dri se desarrolla como un espejo de la coyuntura nacional, es la sinécdoque de nuestro pueblo.

Palabras finales

Por último, y sin afán de cerrar los problemas exhibidos en las líneas anteriores, es necesario volver a destacar que la novela *Recuerdo de la muerte* tiene el valor de ser una de las primeras, desde el ámbito de la literatura, en aproximarse al problema de la experiencia concentracionaria, una de las primeras en encontrar en el contexto de la última dictadura cívico-militar un terreno, un espacio a ser abordado y narrado. Sin embargo, creemos que la literatura, con sus posibilidades estéticas puede ofrecer una mayor profundidad y posibilidad de complejizar la realidad que la que reconocemos en la novela de Miguel Bonasso. En esta clave podemos aseverar que la literatura cuenta con los elementos para desplegar relatos que abran nuevas perspectivas y sentidos.

Así, la narración de la(s) experiencia(s) permitirían afirmar que la *ficcionalización* de los testimonios que dan cuenta de la memoria entregan retazos del pasado, significados propios, que no encontrarían otro ámbito de expresión. No es la Historia académica, la que sigue sus normales procesos de verificación y legitimación, la que puede dar cuenta de estas miradas, sino la potencialidad del trabajo artesanal del que opera con la experiencia, del que narra con la memoria, del que escribe con los otros.

Las producciones literarias de los últimos años, así como también aquellas ligadas a otras esferas artísticas como el cine, han empezado a poner en discusión, en crisis, ciertas construcciones sociales que recorrieron las últimas décadas. Asimismo, han experimentado con nuevos formatos narrativos, entendiendo que no sólo es importante aquello que se dice (y lo que no se dice) sino también la forma en que se narra. Frente a contundentes relatos históricos, hay propuestas artísticas que apuestan a la fragmentación en el relato; es posible que este tipo de narración dé cuenta más profundamente de los testimonios, que en general, no ofrecen un relato unívoco de lo vivido.

En este contexto, creemos que la literatura podría ir en la dirección de la deconstrucción de lo instituido, tratando de *construir* lectores activos que se

interroguen e interroguen sobre aquello que leen. Una literatura que abra brechas para reflexionar, desnaturalizando algunos sentidos y figuras construidas socialmente: que plantee problemas y arroje preguntas. En síntesis, una literatura que ponga en cuestionamiento su propia existencia, problematizándola.

Bibliografía

Agamben, Giorgio, *Homo Sacer III Lo que queda de Auschwitz*, Valencia, Pre-Textos, 2000.

Bonasso, Miguel, *Recuerdo de la muerte*, Buenos Aires, Puntosur, 1988.

Burucúa, José Emilio y Nicolás Kwiatwoski, “Masacres de la modernidad temprana: relato, verdad y distancia para la intelección” en *Esboços - Revista do Programa de Pós-Graduação em História da UFSC*, Vol. 15.

Calveiro, Pilar, *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*, Buenos Aires, Colihue, 2006a.

___, “Testimonio y memoria en el relato histórico” en *Acta Poética*, 2006b, Volumen 27, N° 2, pp. 65-86.

Eco, Humberto, *Apostillas al Nombre de la rosa*, Buenos Aires, Editorial Lumen & Ediciones de la Flor, 1986.

Foucault, Michel, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1998.

Levi, Primo, *Trilogía de Auschwitz*, Madrid, El Aleph editores, Barcelona, 2006.

Longoni, Ana, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Norma, 2007.

Schmucler, Héctor, “Testimonio de los sobrevivientes” en *Controversia para el examen de la realidad argentina*, México, diciembre de 1980, N° 9-10.

___, “Los relatos de la traición” en *La voz del interior, Suplemento Cultura*, Córdoba, 24 de octubre de 1996.

Semprún, Jorge, *La escritura o la vida*, Barcelona, Tusquets, 1995.

___, *El largo viaje*, Barcelona, Tusquets, 1992.